

Maimónides, médico cordobés

Brac, 117 (315-325) 1989

Por Fernando MUÑOZ FERRER

(ACADEMICO CORRESPONDIENTE)

(Discurso de incorporación)

Excmo. Sr. Presidente, Ilmos. Sres. Académicos, Sras. y Sres.:

Sean mis primeras palabras de agradecimiento sincero a los miembros de esta Corporación, que han suplido con afecto y amistad sincera mis pobres méritos, para pertenecer a esta docta casa.

Hace muchos años que tuve la dicha de estar unido a esta culta y bella ciudad, fueron motivos profesionales y de amistad que aún perduran, más tarde la Universidad llama a mis hijos que estudian en esta tierra y aprenden a amarla en sus gentes y en su propia cultura, y así estos entrañables andaluces cordobeses, distintos de los demás hacen que mi cariño hacia esta ciudad fuera en aumento paulatino. Aprendí a amar a esa bella sierra, donde parece que estamos más cerca de Dios y donde en esas horas de espera, del lance elegante y bello de la montería, hay más tiempo para meditar y para orar.

Y por si fuera poco el Instituto de Academias de Andalucía, se gesta en toda ella, pero cristaliza en Córdoba, y aquí tuvimos la dicha de trabajar por él. Es en esta Academia donde se realiza la primera Junta, que ha tenido la virtud de aunar a todas las academias de nuestra región, aumentando la comprensión y camaradería, el conocimiento y la amistad, que se haría más profunda en la persona de vuestro secretario que convive y trabaja al unísono con nosotros.

Ya veis si tengo motivos y razones de agradecimiento a vuestra amable designación y por ello surqué las aguas del Guadalquivir, río arriba, para llegar a vuestro puente romano y oír la voz del morabito cuando despedía a Maimónides diciendo: "Volverás y yo te ensalzaré", escuchando las notas de una "Soleá" que hacen gozar en la guitarra y en la copla.

Y en este día de gozo para mi he tenido la osadía de rendir homenaje a ella y vuestra ciudad glosando un modesto estudio, sobre una de las figuras cordobesas que aún producen destellos al paso de los años, y cuyas proféticas palabras, están aún vigentes en un mundo desquiciado, entregado a la violencia y al sexo en su expresión más baja. Mundo que ha perdido la rectitud de conciencia, que desprecia todo lo que no sea cultivo del cuerpo, olvidando lo más profundo de nuestro ser como es el alma.

Qué ejemplo para los que ejercemos la Medicina y quizás el único camino para devolver a nuestra profesión, el prestigio, la admi-

ración y el respeto que antaño mereció. Ni creer en los milagreros, ni en los falsos santos, ni despreciarlos por mercantilistas, sino creer en las palabras de un hombre bueno que supo hacer y decir en el curso de su vida lo que era el médico y cuya figura guardáis con celo en el bronce de esa bella plazuela cordobesa.

Y es a esta figura cordobesa a la que dedico una estrofa de nuestro querido y olvidado poeta, gloria de Andalucía y de España que fue José María Pemán quien en párrafo de su testamento decía:

"Para no dar que decir,
 Conviene llegar un poco,
 a lo sencillo,
 a lo humilde,
 a lo loco".

El Aguila de la Sinagoga

Discurría el año 1.135 en la bella ciudad de Córdoba, donde iba a producirse un acontecimiento que marcaría un hito dentro de la historia, junto a otros muchos de renombre universal.

Para poder comprender estos hechos, es necesario que analicemos, como era Córdoba, cuya historia estaba determinada por una vida de tres siglos de paz y de luz.

Este fenómeno se produce, por el encuentro de tres culturas, siendo la menos numerosa, pero la más antigua, la hebraica, dedicada al estudio de sus raíces y a la dialéctica, sin olvidar su gran habilidad para el cultivo de las formas.

La segunda era el Islám, con su bella poesía, el maravilloso arte de vivir, y el orgullo de una arquitectura que desafiaba a los tiempos.

Y en tercer lugar, los latinos, con su pragmatismo, su resistencia, su ritmo envidiable y su buen sentido.

Tres culturas, que se unen en matrimonio de amor y de razón, que alcanza al alma y a la carne, a la libertad y al respeto a los demás; y cuyas corrientes de fondo y remolinos de superficie, dan origen al gran milagro cordobés.

Los árabes, eran los amos y señores; Alá reside en el cielo y Córdoba se hace árabe, en la lengua y en el vestido, pero las costumbres y las almas permanecen puras, no son árabes, ni judías, ni cristianas, son simplemente cordobesas.

Ciudad milenaria, abrazada por el curso del Guadalquivir, y que junto con Cádiz, puerta comercial, fueron los faros del imperio tartesio.

Durante esta época, la ciudad estaba formada, por tres semicírculos concéntricos junto al río. En el contorno los sufridos españoles, en medio, los árabes musulmanes y en el centro la judería.

Los tres grupos adoptan el porte altanero de los árabes, donde el hombre es soberbio y la mujer altanera. Pero a la hora de rezar,

todos vuelven su rostro hacia el Este, signo de la mútua comprensión y convivencia. Un tercio de sus habitantes descansa el viernes, otros el sábadó y los cristianos el domingo. En este momento, la ciudad no era ni rica ni pobre pero todos podían comer según su necesidad, beber según su sed y encontraban lo necesario, para cubrir la desnudez de su cuerpo.

Tuvo la biblioteca más rica del mundo, formada con las de Cartago y Numidia. Sus calles estaban cubiertas de ladrillos, baldosas y piedras, formando ricos arabescos, dameros tresbolillos o estrellas policromadas. En todas las casas había un patio con su fuente cubierta de flores, donde se percibía el fresco de los verdes de la palma, el mirto y el romero con su perfume, contrastando con el rojo cardenalicio de la buganvilla. El agua corría en sus fuentes, con la frescura de la sierra, y la ciudad era en todo un jardín en flor.

Junto al río, el ganado pastaba, se cultivaba el arroz y las especias, y todo ello producía ríos de oro a la ciudad. Las fachadas de sus casas, eran de un blanco, que hería la vista, y su Universidad, estaba llena de jardines cuajados de cipreses, que la elevan al cielo.

En la judería, las calles eran rectilíneas, cubiertas por alfombras de piedras, y en cada porche, la música del telar el martillo que forja el cobre, el fuelle de la forja y la escofina del tonelero. El curtido del cuero se apreciaba por el penetrante olor, y detrás de cada ventana, el orfebre, el trapero y el horno de cristal, que se adivinaba por el calorcillo que desprendía.

En la plaza cuadrada, los tenderetes de los campesinos, con pimientos, tomates y uvas en racimos. Y en el silencio la voz del almuecín llamando a la oración.

En el centro había una casa, con una verja de hierro forjado, entreabierto y detrás un largo pasillo en sombra, con un olor a cebolla frita conduce directamente al patio. En el centro una fuente azul derrama un hilo de plata, alrededor de las palmas y las flores del hibisco, donde revolotean mariposas y gorriones, saltando de rama en rama; y en medio Elisea una criada jorobadita, que nos ofrece el botijo de agua fresca y el cáliz de estaño lleno de confituras.

Aquí, en este remanso de paz, vivía a la sazón uno de los príncipes de la judería de Córdoba cargo que se repetía en la familia de Maimónides, hace doscientos años. Sus raíces provenían del Rey David y en cuyo árbol genealógico se encontraba el Rabí Yehuda Ha Nasi, redactor de la Misnah.

Estudió en la famosa escuela de Lucena, en la llamada ciudad de la poesía. Hombre macizo, de panza redonda y patiocorto, de barba espesa, cejas pobladas, bajo un casquete o turbante. Hombre de memoria prodigiosa y cuyo único lujo consistía en la limpieza de su cuerpo, el baño caliente y la venida del barbero.

Por todo patrimonio, una casa y una mula, una viña de diez mil pies, donde había frutales, lo que proporcionaba una pequeña renta para pagar a la criada. Como complemento recibía una ayuda de Joad hermano de su mujer, una parte de la herencia de la madre,

además de las sobras de alimentación que le proporcionaba su vecino. Además recibía muchos regalos de la comunidad.

Contrajo matrimonio, tarde, a los cuarenta años con la hija de Menacem el carnicero, que contaba solamente con 15 años de edad. Le dio dos hijos Moisés Maimónides y David y murió tempranamente después de cinco años de convivencia.

El objeto de nuestro estudio de hoy es la figura de Moisés Maimónides, que queda pronto huérfano de madre, y a pesar de ello guardaría siempre un recuerdo vivo y sensible; la describe como una mujer de frente pequeña de cabellos indómitos, mirada profunda, tallada en almendra, piernas ligeras, risa en cascada, totalmente analfabeta y como detalle su matrimonio fue rubricado con una cruz.

La infancia de Moisés fue como la de todos los niños de su edad, correr por las calles de la judería, yendo a la yesihba donde aprendía el Talmud y la Tora, además de las enseñanzas que su padre le proporcionaba en casa. Ya en este tiempo pensaba en ser algún día médico para quitarle la joroba a la criada.

A la sazón vivía en Córdoba un médico de gran prestigio Yehuda Halevi, que además de médico era gran poeta, siendo considerado como una figura dentro del califato de Córdoba. Varias cosas llamaron la atención del niño Maimónides, la vida escandalosa del médico y la fortuna. En un encuentro fortuito le saludó con estas palabras: -Primogénito de los Maimónides que la paz sea contigo, que llegues a ser justo como tu padre, que además es mi amigo. La contestación no se hizo esperar; -Quiero ser como tú, libertino y poeta. Yehuda Halevi, se despidió con estas palabras: -Serás médico.

Cuando planteó a su padre la decisión, las cosas fueron por mal camino, ya que el padre pensaba fuera juez. Pero el joven pensó: -Seré juez y médico. La decisión era clara, en su mente estaba ser médico.

Más tarde Yehuda Halevi cumplió la promesa de regalarle el Canon de Ibn Sina Avicena, libro que le acompañó toda la vida y con el cual pidió ser enterrado. Toda su vida guardó fiel recuerdo y horror de la muerte de este sabio poeta, en tierras de Palestina aplastado por un caballo.

Decidido a estudiar anatomía, lo hizo con su tío Joad quien le enseñó la anatomía del cuerpo, vasos sanguíneos, tendones, nervios, aponeurosis, músculos, etc. Estudió el corazón del pato, de la ternera, vio latir dentro del cuerpo esta víscera y como después de separados se convertían en un trozo de carne. También de este maestro guardaría terrible recuerdo cuando fue ahorcado.

Como no era muy asiduo a la escuela, esto motivó otro enfrentamiento con su padre, ya que insistía en estudiar otras materias, matemáticas, geometría, astronomía, ciencias naturales, lógica metafísica, política y medicina.

Otro hecho casual, cual fue la frecuencia de cruzarse con otra figura Mohamed Ibn Roschd Averroes, supuso una atracción más hacia la medicina. Un buen día decide pararlo en la calle y des-

pués del saludo de ritual: La paz sea contigo -se presenta diciendo: -Soy el hijo de Maimónides, siendo correspondido-es un gran juez. -Continúa la conversación, sobre el corazón, el espíritu que late y su función.

Galeno lo ha dejado escrito y probablemente lo copió de sus antecesores.

Pasamos a la época más feliz de la vida de nuestro genio. Andalucía se desmembraba, la peste llega a Málaga y Antequera y arrasa Cádiz y Sevilla. Córdoba tomó sus precauciones, Moisés llevó durante meses una ristra de ajos colgada al cuello. Estalla la guerra entre Jaén y Granada, los príncipes se destrozan entre sí y Alemania y Francia se desploman en Antioquía sembrando de sangre y fuego las rutas de Bizancio. Los almohades después de arrasar el Magreb llegaron a Gibraltar con un grito de guerra -un Dios, una Fe, un Califa- y producen el pánico en Andalucía, llegando en su huída hasta Córdoba donde trajo consigo el tío Emanuel de Ceuta una clepsidra de agua. Es en esta época cuando sus relaciones se hacen importantísimas, Pitágoras de Samos, Euclides de Alejandría, Ptolomeo, etc.

Su maestro lo introduce en la biblioteca donde había más de 400.000 libros guardados en cofres de madera y cuero y lo que se convertiría en su refugio permanente. Ya en esta época se decía: Si quieres vender una joya, ve a Bagdad, una hoja de espada a Sevilla y un libro a Córdoba.

Llegada esta edad, siente la llamada del sexo y su primera experiencia la realiza en los tres molinos de viento que había en el cerro a la izquierda del río, donde un bereber contratava a sus trabajadoras, y las prodigaba cuidados médicos, constituyéndose en anexo de la Universidad, ya que todos los doctores pasaban por allí periódicamente. En este tiempo existía un tratado sobre el sexo de Al-Aedal. Nuestro joven mantenía con buen criterio que el sentido del sexo es el peldaño más bajo en la jerarquía de los sentidos, y que el goce físico es un veneno mortal y a pesar de las condenas de algunos de los pasajes del Moreh, algunas veces la bestia rugía en su interior, para despertar más exigente en momento inoportuno. Se dirigió al serrallo de los molinos, jardín lujurioso, alumbrado por el centelleo de las antorchas, perfumes tenaces y paz. Bebió vino de Málaga sin límites y entre músicas y cantos antes de que amaneciese una esclava casi nubil lo tomó con dulzura y cuando quiso darse cuenta el hecho pertenecía al pasado. Guardaba gratitud a la riqueza de su fuerza creadora ya que ella había ennoblecido lo que era noble. Llegó el alba con su cortejo de frío y fatiga y medio dormido abandonaba los molinos. Al cruzar el puente el morabito profirió toda clase de insultos.

Al fin decidió abandonar la casa paterna y después de despedirse de su hermano David, huyó por el curso del río hasta que agotado, se dejó caer en un redil. Previamente había sido aconsejado por su tío Joad y por Ibn Roschd quien le aconsejó conservar el almagesto y no dejar de ir a Toledo donde estaba un discípulo de Ibn Ferrizuel

que disea cadáveres a escondidas. El viaje duró un mes y en él fue auxiliado por dos capuchinos en la torcedura de un pie, los que lo trasladaron a Calatrava donde un monje llamado Salomón Kadhafi le hizo unas curas, con una porción aprendida de un chino y compuesta de adormideras y flores cocidas y evaporadas, para recuperarlas luego en aceite de ajonjolí, receta que le proporcionó una serie de éxitos después.

Los consejos del padre fueron buenos, le entregaron una bolsa de víveres y le dieron recomendaciones para Toledo. Al despedirse le decían: -Ama a Dios y Dios te amará-. Durante el trayecto fue pensando en las tres alternativas que tenía ante la vida, ser libre, sumergirse en el temor o evadirse en el amor.

De todas estas experiencias hubo una que le marcó profundamente, fue el caso de una chica tísica a la que dedicó su dulzura y su amor, tanto fue así que peleó con el maestro para que fuera a verla; y al no conseguirlo, poco a poco fue tratándola, hasta que se recobra lentamente; pero una mañana encuentra la cama vacía, pues Mariam había muerto durante la noche sin sufrimiento. Más tarde la encuentra en el sótano, donde Avensole quería comprobar si tenía dos matrices, pero la impresión fue tal que el maestro le permitió no presenciársela.

No quedarían aquí sus peripecias en esta casa; ya que la sirvienta abortó y tuvo una infección puerperal; y su preocupación fue grande al creer que era culpable directo de ello, pensando, si en su interior no habría un asesino ignorado; hizo un día de ayuno y al fin la sirvienta se salvó. Todo ello influyó en sus deseos de volver con los suyos; además de las noticias de que los almohades habían asaltado Calatrava.

Pasa rápidamente por Calatrava, donde fue ayudado por el padre Kadhafi y contorneando el Guadalquivir llega a su Córdoba querida que había caído en poder de los invasores.

Encuentra desolada la entrada en la ciudad y al llegar a casa le manifiestan que su padre está en la sinagoga tomando decisiones importantes. Al mismo tiempo le entregan una carta de Ibn Roschd, ofreciéndole una hermosa casa en Almería con una biblioteca que el Rey Alfonso había dejado en inmejorables condiciones.

Marcha a la sinagoga donde abrazando a su padre le dice: "Rabino Maimónides uno no se baña jamás dos veces en el mismo río" "He venido a ocupar mi puesto" El padre sollozando lo abrazó fuertemente.

Los conquistadores van destruyendo poco a poco todo, violentan al profesorado de la Universidad y empiezan los mártires. Ibn Badia paga con su terquedad, perdiendo la cabeza. Destruyen la biblioteca más grande del mundo, convirtiendo en cenizas pergamino y papel de más de trescientos mil manuscritos y poco a poco la ciudad se va convirtiendo en un cementerio. Esta fue la última primavera de Córdoba.

Tras la muerte de su tío Joad ajusticiado; decide la familia abandonar Córdoba, lo que hacen al despuntar el alba y al cruzar

el puente romano, el morabito, después de aceptar la moneda y blasfemar les dice: pasarán muchos siglos y Córdoba recordará tu ciencia, un día no muy lejano tu efigie de bronce estará en una plaza de esta ciudad de la cual huyes ahora como ladrón y yo estaré aquí para acoger tu regreso, lo que hizo que el padre depositara en su mano una moneda de plata.

Durante la huída muere Elisea, la fiel criada, y con todo lo que el padre llevaba escondido bajo sus ropas, inician el viaje hasta Almería. Allí son recibidos por Ibn Roschd, donde inician un exilio amable y durante la estancia en ella se dedica a estudiar y recopilar la Mischna.

Pero esto era un alto en el camino, tenían que seguir para llegar a Fez lo cual hacen en un barco con nombres árabes y por todo equipaje llevaban nueve cajas de libros y manuscritos.

A su llegada a Fez, después de penetrar por la puerta de los andaluces, comienza a ejercer la medicina y su nombre figura entre los de Ibn Roschd, y Avensole le habían pronosticado que sería rey de la medicina y médico de los reyes.

En su estancia en Fez y después de una visita desastroza al oasis de Habuna, hace una visita al califa, y cuando éste le pregunta por Rhazes, su contestación es definitiva, fue un gran médico, pero un mediocre filósofo. Esta contestación sorprende al califa, que llegó a prometerle la libertad de cultos y lo nombra para impartir los cursos de anatomía de la Universidad de Añ-Quarauyin. En estos años además estudia astronomía con Abu Bako, estudia el Almagestu de Ptolomeo, basa sus estudios de filosofía en Aristóteles y estudia finalmente la Biblia, la Mischna y el Talmud.

La inquietud de no poder comunicar con gentes y para colmo los sucesos, el día de Kipuur, y gracias a la influencia de Ibn Moisha puede salir de la ciudad Santa para siempre.

Durante todo el viaje en galera, que les llevaría a San Juan su pensamiento está en Córdoba. Después de penoso viaje, al llegar a San Juan de Acre la visión de las colinas de Galilea, iluminadas por un sol que llega al ocaso, el frente de piedras enmohecidas, centenares de barcos polícromos, mástiles, velas, cabos, redes, impresionan a nuestro hombre y le dan una suave paz.

Atraviesan una ciudad llena de peligros, mendigos, mercaderes que venden toda clase de reliquias falsas, y guiados por porteadores que les cobran más de lo debido, llegan conducidos por un príncipe de la sinagoga a una casa cerca del río Quadumin donde residía una comunidad hebrea dedicada a la industria que data de los fenicios, la tinción por la púrpura y el carmín. Oficio duro e insano, que determina una comunidad enferma, que cuida Jefet su médico que sólo podía realizar prácticas de higiene. Durante este tiempo presta ayuda esta comunidad, cura las llagas con hilas y tópicos, julepe emoliente y electuario hemético, pero remedios que eran muchas veces rechazados por los propios enfermos. Viaja más tarde a Hebrón y Galilea y finalmente a Jerusalén, y después de orar vuelven a San Juan. Su vida está solamente compensada por el ejercicio de la medi-

cina, descubre los tísicos tintoreros, pero los patronos pronto le despiden; porque no es rentable y entonces confiesa derramar lágrimas de tristeza y de rabia y huye a caballo hasta Haifa, descansa cuando aparece la noche y contempla el manto de estrellas y el centelleo del mar. Hace una recopilación de su vida que se hallaba en la mitad de la misma y recuerda sus 14 libros escritos en diez años, y siente una voz interior que le impulsa a ir hacia los suyos, llevándoles la ayuda necesaria sin exigir nada, ni siquiera docilidad o reconocimiento, y estando en estos pensamientos se agitan los pájaros en las ramas y aparecen las primeras luces del alba, y la luz se hace en la tierra como se había hecho en su corazón y en su cerebro. Subió al Monte Carmelo un hombre viejo y uno nuevo descendería al día siguiente.

Posteriormente embarca para Alejandría siendo su visión de la misma impresionante, ciudad que comerciaba lo mismo mercancías que ideas, con una fabulosa biblioteca que fue incendiada y que intentaban reconstruir desde siglos. Calles rectas y donde la mirada se encontraba siempre con el verde o el azul del mar y donde los hombres como el aire circulaban con libertad.

Soportó una rebelión palaciega que dura 80 días refugiado en las cuevas de Zabulón. Gracias a la llegada del obispo de Cesarea Hugo y a los buenos informes que recibió de nuestro médico fue instado a que viera al hijo del rey que fue diagnosticado de lepra, lo que pareció descabellado al Obispo.

En esta ciudad Natael médico y jurista realizaba sus prodigios, haciendo una gran labor, pues los que ganaban mucho, lo repartían entre los menesterosos y los otros cuidaban las bibliotecas y compraban esclavos judíos para liberarlos. Su padre compró una casa a orillas del Nilo, lo que le recordaba a su Córdoba natal; y pronto le sobrevino la muerte después de testimoniar que lo había conseguido todo.

Al principio la consulta estaba desierta y fue ayudado por su hermano David que pronto se cansa y marcha de la ciudad. En estos primeros tiempos, su pensamiento luchaba por cortar las garras de la humillación, con la excelencia de su conducta, la amplitud de sus conocimientos, la rectitud de sus razonamientos y su perfecto estilo.

Un día en su encuentro casual con Salim conoció que el barco en que viajaba su hermano naufragó y empieza entonces para él, el verdadero calvario de sufrimientos. La enfermedad se apodera de su cuerpo, pasa noches de insomnio, con disnea, visión turbia que aligera con una infusión de genciana. Esta enfermedad se prolonga muchos meses y en ellos, tuvo la satisfacción de que en la visita que le hace el Obispo Hugo, le confirma su buen diagnóstico del hijo del Rey y ayudándole con una bolsita de honorarios. El mismo le revela el secreto de los árabes; utilizan un aceite de las pepitas de un fruto llamado coba o encoba, que se encuentra en arbusto salvaje en el corazón de Africa, en la región de los grandes lagos llamada Chaoulmogra que era muy eficaz en la lepra. Se envió por las pepitas para fabricar la pócima. También trató como médico

a Ricardo Corazón de León a quien alivió en sus dolencias y quiso llevarlo a las islas, y como no quiso ir, le dejó todo el oro que traía, pero la mejor recompensa que recibió, fue la de su amistad por la que su corazón estaba hambriento y sediento.

Conoce a Albumale que tenía una hermana virgen de 23 años, y le promete si se casa con ella, nombrándole médico de las cuadras, del personal de servicio, liberto y esclavo; y además le proporcionaría una buena dote. Se presenta en casa de Natael y le pide consejo que es positivo, es buena, honesta, talle fino y buena salud, labios pequeños, nariz un poco gorda y la barbilla puntiaguda. Esto le decide y tiene una cita en la pastelería de Añil-Azhar, donde beben te con menta, donde recibe el sí de la joven, se casan en la sinagoga de los babilonios. Betsabé le abre las puertas y se expresa así nuestro colega: Si alguna vez hablé con Dios, las palabras pasaron indudablemente por el corazón de mi mujer.

Profesionalmente sufre el tener que descartar a aquellos trabajadores que no eran aptos para el trabajo, aplicando todos sus conocimientos para sacar a los pobres de su pobreza y aliviar sus calamidades. Su método era colocar al ser humano en estado de equilibrio, protegiéndolo de las fechorías de los demás y de sus torpezas, poniéndolos en guardia contra los desórdenes de todos los tipos, hacerles respirar aire puro, darles de beber agua pura y alimentos frescos y nutritivos, cubrirlos contra la intemperie y sol, hacerlo razonable e instruirlo, mantenerlo alejado de las contrariedades y disgustos, sin accidentes, proporcionándoles salud y bienestar.

En su pensamiento está la tristeza cuando no puede curar la bilarciasis, la neumoconiosis de los canteros, los edemas de la preñez, la disentería, tumores y borracheras, todos pensaba, son víctimas de mi impotencia.

Tampoco soy capaz de curar la miseria, se dice a sí mismo, soy el médico de los pobres, pero estoy pagando por los ricos, para que el escándalo no les prive de su apetito y esta situación me entrega a la desesperación.

Amo profundamente a los pobres, aunque yo fui rico por mi padre letrado, nací en una ciudad inteligente, cuajada de flores, con una cultura envidiable y no conocía más hambre que la del saber.

Se encuentra siempre rodeado de enfermos que le esperaban en el camino de su casa, judíos, árabes, beduños, libres o esclavos traídos por el dolor y se marchan con la esperanza. Le pagan cuanto pueden, unas veces en especies o dinero y ello le llena el corazón de felicidad.

La clientela de ricos le pagan en oro, pero prefiere asistir a los pobres.

Durante este tiempo recibe regalos preciosos, vasos de oro, vajillas de plata, anillos, con lo que puede pagar la casa y la servidumbre. Siempre está difundiendo su pensamiento y se alimenta de un poco de caldo a mediodía y a la noche; y siempre estaba recitando lo que él llamaba la ley del médico, hacer sólo la guerra al sufrimiento.

En este tiempo es requerido por el Naguidazgo, y al final lo acepta; pero con la condición de emplear sólo el sabat.

De entre todas las anécdotas que surgen en este tiempo está la de Saladino. Una mañana es llamado urgentemente y al llegar descubre a un hombre semidesnudo, en un lecho de pieles, pidiendo que le alivie el dolor. Lo reconoce y descubre un gran flemón en las nalgas, oscuro y fluctuante, siendo casi obligado por el enfermo para que le interviniese rápidamente. El cuadro era curioso, dos grandes nubios, están a la cabecera del enfermo, una favorita con el rostro cubierto por un velo, tañe las cuerdas de un laúd lloroso; y entonces Maimónides pregunta al enfermo: ¿Podrías tomar la virginidad de esta mujer sin que ella se diera cuenta?, ¿Puedo abrir tu absceso sin que lo notes?, contestándole el enfermo: Esta mujer ya no es virgen y yo intentaré contenerme. Al día siguiente de la intervención me entregó un anillo de oro con una piedra del tamaño de una avellana. A continuación siempre era recibido en palacio y tratado de maravilla, aconsejándole saladino que debiera tener un descanso en su palacio de Alejandría.

En esa época fue denunciado por traidor a la fe, pero el Sultán lo arregló todo diciendo: Vuestra religión para vosotros, para mí la mía.

La amistad con el Sultán cada vez fue más profunda y siempre le estaba ofreciendo algo, llegando a ofrecerle Jerusalén y las tierras hasta el mar, le ofreció que volvieran todos sus hermanos, ya que había trabajo para todos, pero Maimónides siempre se negaba diciendo: Tu regalo fruto de la justicia, llega demasiado pronto y demasiado tarde, demasiado pronto en los siglos y demasiado tarde para mí que ya soy un anciano.

Presumía que la vida se le acababa, el tiempo es corto y los días se le hacen siglos y los años instantes. Va acumulando el cansancio de su trabajo y le cuesta mucho trabajo aguantarlo.

Durante estos años ha escrito un tratado para Al Afdal sobre la boca y mantenimiento del estómago y una guía para la utilización del sexo.

Se va debilitando poco a poco, al dirigirse al baño le cuesta trabajo respirar, la vista se le va oscureciendo y tiene zumbido de oídos, la anasarca rellena sus tobillos como si fueran un par de argollas, sus ojos lagrimean constantemente y comienza una incontinencia de orina; y así piensa si algún día tendrá tiempo para consultar con un buen médico.

Mientras, la casa y el patio están llenos de enfermos que vienen en busca de la salvación o curación de sus enfermedades y sólo le conforta ser útil a los demás.

Desea introducir a Dios en la razón, y la razón en Dios, son enigmas disparatados, ambicioso de mí dice -he ido demasiado lejos en la locura. Lo único que he hecho de positivo en mi vida, es haber conseguido conservar y transmitir, contra viento y mareas mi profunda identidad.

Y así este genio de la Medicina muere en El Cairo en el año 1204.

No podíamos terminar esta semblanza de un cordobés inolvidable sin transcribir su:

INVOCACION

"Dios, llena mi alma de amor por el arte y por todas las criaturas. Aparta de mí la tentación de que la sed de lucro y la búsqueda de la gloria me influencien en el ejercicio de mi profesión. Sostén la fuerza de mi corazón para que esté siempre dispuesto a servir al pobre y al rico, al amigo y al enemigo, al justo y al injusto.

Haz que no vea más que al hombre, en aquel que sufre. Haz que mi espíritu permanezca claro en toda circunstancia; pues grande y sublime es la ciencia, que tiene por objeto conservar la salud y la vida de todas las criaturas.

Haz que mis enfermos tengan confianza en mí y en mi arte, y que sigan mis consejos y prescripciones. Aleja de sus lechos a los charlatanes, al ejército de parientes con sus mil consejos y a los vigilantes que siempre lo saben todo; es una casta peligrosa, que hace fracasar por vanidad las mejores intenciones.

Concédeme Dios mío, indulgencia y paciencia con los enfermos obstinados y groseros.

Haz que sea moderado en todo, pero insaciable por mi amor por la ciencia. Aleja de mí la idea de que lo puedo todo. Dame la fuerza, la voluntad y la oportunidad de ampliar cada vez más mis conocimientos, a fin de que pueda procurar mayores beneficios a quienes sufren.

¡AMEN!.

Moisés Ben Maimónides, el Español.